

del Estado: "Artículo 10. El alcalde respectivo velará constantemente para hacer que los vagos vivan siempre bien ocupados, que sean tratados bien, y no se entreguen a la embriaguez, al juego y a otros vicios. Los patrones cuidarán mucho de su buena conducta, y cuando no bastaren a corregirlos lo avisarán al alcalde para que éste, valiéndose de su autoridad, los contenga.

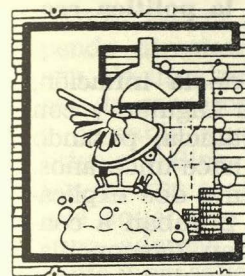
"Artículo 11. El alcalde del distrito parroquial a donde hubieren sido destinados algunos vagos, informará al jefe político cada cuatro meses sobre la ocupación y conducta de los vagos.

"Artículo 12. Cuando un vago haya sido destinado a una población o caserío donde haya tierra para repartir entre los pobladores, se le adjudicará una porción, si hubiere quien lo fiare de que se entregará al trabajo; y si fuere necesario entregarlo a un patrón, no se le asignará terreno, sino al fin del año de que habla el artículo 5°".

Conforme a la ley nacional de 1836, los decretos de las cámaras provinciales que se expidieran sobre el particular, tenido como materia urgente y grave, debían ser aprobados por el ejecutivo central. Sin embargo, como el presidente Márquez advirtiese que la seriedad del sistema merecía un visto bueno del mismo congreso, cuya cámara de representantes estaba presidida por el General Santander, envió el acto provincial con mensaje recomendatorio, para que fuera el Congreso el que diera la pauta a los gobiernos de las provincias restantes.

Por medio de ley fechada el 1° de mayo de 1838 se aprobó el ejemplar decreto, exceptuando el artículo 14 que contenía una sanción equitativa y necesaria para los funcionarios que, teniendo noticia de que en su jurisdicción había uno o más vagos prófugos, no los remitieran a su destino original.

Es significativo que fuera la sección del país considerada como la que mayores luchas ha librado para asegurar su autonomía industrial, fuera también la que más velozmente respondiera a la inquietante invitación del legislador para arrancar de raíz el vicio de la holgazanería, y establecer un purgatorio eficaz contra el pecado de la pereza, que el padre Gaspar Astete definía como "decaimiento del ánimo en el bien obrar", y contra el cual el propio viejo jesuita señalaba como remedio, la diligencia, o sea lo mismo que las autoridades de 1836 preconizaron.



ECONOMIA

MAS ALLA DE LA OFERTA Y LA DEMANDA

Wilhelm Röpke.—Profesor del Instituto Universitario de
Altos Estudios Internacionales de Ginebra

La verdadera tarea de los economistas es realmente muy otra, sobre todo en la moderna democracia de masas. Tienen la misión, exenta de esplendor pero sumamente provechosa, de dejar hablar a la lógica de las cosas en medio de las pasiones y de los intereses de la vida política, de traer a la luz las desagradables realidades, de dejar cada cosa en su sitio con justa equidad, de hacer estallar las pompas de jabón, de descubrir las ilusiones y las confusiones y de contraponer el entusiasmo político, en unión con sus posibles laberintos, a la razón económica, y la demagogia a la insobornable verdad...

Röpke

1. Fronteras de la filosofía social y de la política económica.

Vuelvo de nuevo al trascendental tema de la inflación, que acabamos de considerar desde todos sus ángulos y con plena conciencia de su extraordinaria importancia, pasando a citar a continuación algo que me aconteció hace unos años. Por un mismo tiempo me llegaron casualmente dos explicaciones, referentes ambas al dinero, pero que llegaban a conclusiones totalmente diferentes y de hecho tan irreconciliables, que sólo podían ser explicadas a través de dos órdenes de filosofía totalmente opuestos. Una de ellas procedía de Estados Unidos, de un extraordinario crítico en cuestiones económicas, y el título planteaba ya la excitante cuestión: “¿Inflación o libertad?” Se trataba de una de aquellas tempranas advertencias acerca del peligro de la inflación progresiva, que hoy ha de reconocer todo el mundo como algo más que justificado. El autor llegó a la conclusión de que un pueblo sólo puede conservar su libertad con auxilio de un dinero sano, pero que en la moderna democracia de masas no podía seguir subsistiendo un sistema monetario si quedaba a merced del gobierno, del Parlamento, de los partidos y de los poderosos grupos de intereses, sin estar dotado de las contrafuerzas suficientes. Pocos días después trajo la prensa la noticia de que un destacado profesor universitario, de tendencia marcadamente socialista, había criticado duramente la “funesta política deflacionista” del banco del Estado alemán, habiendo unido a esto la demanda de que “el medio democrático de dirección económica, o sea el dinero y el crédito pasase a manos de la democracia”.

No cabe la menor duda de que difícilmente mantendría hoy el citado socialista lo que tan apasionadamente defendía entonces, mientras que el americano tiene motivo más que sobrado para confirmar su advertencia con el mayor énfasis. Esto demuestra que el socialista sufrió un error de tipo político-económico, mientras que a su contrincante le asistía toda la razón. La presión inflacionista que él temía se ha convertido entre tanto en algo tan palpable, que hasta el socialista lo ha de supeditar todo a la necesidad de poner un dique a esta presión.

Pero no es esto lo que nos interesa ahora. Lo que nos ocupa aquí es la brusquedad e irreconciliabilidad con las que tropezaron, una contra otra, dos opiniones concernientes a una de las más trascendentales cuestiones de la ordenación económica y social. Se trataba de dos principios que chocaban, y entre los cuales difícilmente podía hallarse una fórmula de compromiso. Bien es bueno y deseable que la política monetaria y crediticia sea accionada, como si se

tratara de un interruptor central, por el gobierno, que depende directamente de una mayoría parlamentaria o, peor aún, de un grupo extraparlamentario que se califica a sí mismo de representante de la opinión pública, o bien es bueno y deseable que se contrarreste tal dependencia, tal “monolitismo”. Bien es sabio y acertado depositar todos los huevos en una cesta, o no lo es. Y no cabe ya la menor duda de que aquél que se decida por el primer procedimiento y lo haga además por una preocupación totalmente inoportuna como hoy sabemos que es, pero muy característica en cambio, por un curso “deflacionista” del banco del Estado, revela con ello su profunda convicción político-social, lo mismo que el otro que elige el segundo revela la opuesta.

Dicho con otras palabras: nos hallamos aquí ante un caso que nos deja percibir las grandes fronteras de la filosofía social y de la política económica. Nos enseña cuán importante es dejarlas aparecer tras las luchas y diferencias de criterio de la política cotidiana. Cuanto más consigamos esto, tanto más podemos confiar en comprender mejor el sentido de estas diferencias y, al mismo tiempo, en atribuir su conflicto a la contraposición, honrada y conocida de todos, de convicciones fundamentales. No es el menor beneficio de tal empresa el que nos incita sinceramente a ese examen y a adoptar nuestra propia determinación. ¿Qué somos en realidad? ¿Liberales? ¿Conservadores? ¿Socialistas? Y si somos una u otra cosa, ¿por qué lo somos y a dónde conduce ello?

El ejemplo del cual hemos partido recomienda comencemos por un antagonismo que no es, desde luego, el más importante, pero que, sin embargo, está íntimamente ligado con otros antagonismos más profundos. Podríamos decir, ciertamente, que un hombre a quien, según su tendencia, podríamos calificar de **inflacionista**, se halla en contraposición a otro, el cual, dada su tendencia, puede ser denominado **deflacionista**. Esto no carece de fundamento, puesto que, evidentemente, cada uno de nosotros prefiere la inflación a la deflación o viceversa, o, expresado de otra forma, teme más a la inflación que a la deflación o a la inversa, o, dicho aún de otra forma, reconoce más rápidamente el peligro de una inflación o el de una deflación. Qué tendencia es la que prevalece en el ánimo del autor de este libro, es algo que estará claro para el lector. Esta queda expresada ya por el hecho de que el autor discute el derecho a denominar deflacionista a alguien en el mismo sentido que se denomina inflacionista a otro, y esto por existir entre la inflación y deflación una asimetría que nos es bien conocida. Precisamente porque la inflación es un veneno (cuyo primer efecto es agradable), que produce posteriormente su efecto destructivo,

mientras que la deflación es un proceso unido desde un principio a inconvenientes generales, es posible desear la inflación, resignándose a aceptar la deflación únicamente como mal menor. Existe por ello inflacionismo en el sentido de una inclinación no sólo a defender la inflación, sino también a anhelarla, y constituye una de las más poderosas y antiguas corrientes de la historia. Pero difícilmente podría hallarse un deflacionismo del cual pudiese decirse lo mismo.

Considerar detenidamente este inflacionismo y este deflacionismo e investigar sus motivos es una tarea tan interesante como no superada hasta la fecha. Aunque no queramos citar más que algunos de los más importantes elementos, tropezamos en el caso del inflacionismo, por de pronto, con una exagerada preferencia por el crecimiento constante, por las cifras crecientes (incluyendo la de habitantes), por el progreso cuantitativo; en pocas palabras: por la inclinación a hacer grandes sacrificios en pro de la expansión. Tal **expansionismo**, que, como Fausto, quería ver un "hormiguero" y abrir "espacio para muchos millones", que se regocija ante las curvas, que presenta un ascenso rápido, aceptando a cambio la curva descendente del valor del dinero, o que se halla peligrosamente inclinado a ello, trae consigo otras muchas cosas: está dispuesto a sacrificar el presente al lejano futuro, si es preciso, diciendo con el siglo XVIII: "Après nous le déluge", o más modernamente, con Keynes: "In the long run, we are all dead". No reconoce las preciosas reservas de la sociedad, que no deben ser avivadas en el recipiente del crecimiento, y entre las cuales se halla, como una de las más valiosas, el respeto al dinero y la intocabilidad de su valor. Se muestra contrario a todo lo burgués, al acreedor, al rentista, para el cual desea, en el mejor caso, como Keynes, una muerte dulce. El expansionismo es futurista, optimista y otras muchas cosas más, mientras que el "deflacionista" o, como preferiríamos decir, el anti-inflacionista, es lo contrario de todo esto.

Pero nos interesa mucho ampliar este antagonismo entre inflacionismo y antiinflacionismo y convertirlo en otro más general, para tener así una visión más amplia sobre un gran antagonismo definitivo de dos filosofías sociales y de dos orientaciones de la política económica. Es el antagonismo que existe entre una forma de pensar "izquierda" y otra "derecha", entre una inclinación al "progresismo", del cual hablé detenidamente en mi libro **Mass und Mitte**, y otra hacia lo que podríamos denominar el "conservadurismo", si no estuviere relacionado ya este concepto, en la mayoría de los países del mundo occidental, con asociaciones poco deseables.

Para encontrar el paso de nuestro ejemplo a esta gran divisoria general, traeremos de nuevo a la memoria que el desafortunado socialista de quien hablábamos antes como expansionista o inflacionista, consideraba la independencia del banco del Estado como una gran contrariedad, habiendo exigido su sometimiento a la voluntad de la "democracia". En cambio, para el citado americano está fuera de toda duda que, puesto que la inflación constituye un peligro siempre acechante y muy inminente hoy en día, ha de ponerse un dique al dominio de los gobiernos sobre el dinero. Puesto que se abolió el sistema monetario del oro, cuya esencia consistía precisamente en esto, ha quedado como último dique la independencia del Banco del Estado, que ha de ser defendida a capa y espada. Uno de ellos quiere concentrar en el gobierno la responsabilidad del dinero y "politizarla". El otro persigue la distribución del poder, la estructuración, un sistema de pesos y contrapesos, una descentralización y, con ello, una "despolitización" del dinero.

Al hablar el primero de la necesidad de dejar el "medio de dirección" económica del dinero al arbitrio único del gobierno y seguir un plan universal, a fin de que pueda llevar una política económica que se estima "progresiva", garantizando el "pleno empleo" y con ello el poder de los sindicatos, y dirigiendo entonces el proceso económico según el deseo del "pueblo", pone de manifiesto una determinada filosofía social diametralmente opuesta a la de su oponente americano. Es también a este respecto el tipo de hombre que, al igual de los jacobinos de la Revolución francesa y que todos sus muchos herederos espirituales, no ve el ideal de la democracia en un Estado bien estructurado y en el equilibrio de las fuerzas que con ello se delimitan mutuamente. Lo ve, en cambio, en la centralización del poder, que no conoce fundamentalmente fronteras y que puede llevarse a cabo con tantas menos trabas cuanto más se auxilia de la ficción de hacerse en nombre del pueblo. Extraño y hasta escandaloso le resulta a este jacobino la idea de que sólo puede favorecer a la democracia por medio de su fragmentación, en tanto nos interesa más para la libertad de los pueblos que para su imaginario "poder" —para hablar con Montesquieu (**Esprit des Lois**, Libro XI, capítulo II)— si pueden ser limitados el error y el abuso de la fuerza (sea su origen el que fuere). Si mira con desconfianza un billete de banco que todavía no se ha convertido en miembro voluntario del poder estatal centralizado, sigue siendo el "eterno jacobino", para el que cada partícula de independencia, autonomía y vida propia —desde el mercado libre hasta la comunidad libre, la escuela privada, la radio independiente e incluso la familia— es una espina que lleva clavada en el ojo (1). Todos los bancos de emisión

medianamente independientes, lo mismo que las cajas de pensiones o lo que sea, son, por decirlo así, empleando de nuevo una expresión utilizada ya, otras tantas Bastillas que deben ser asaltadas y demolidas.

Cada vez se ve con mayor claridad que nos hallamos aquí ante dos matices de pensamiento social, a los cuales pueden atribuirse, sin la menor violencia, los antagonismos que se manifiestan en cada detalle. Parece como si hubiésemos alcanzado la altura del puerto, desde donde podemos mirar, hasta gran distancia, en las dos direcciones opuestas, hacia uno y otro valle. Aquí es donde difieren los espíritus. Unos se sienten atraídos por la colectividad; otros, por los miembros que la componen. Unos observan la estructura de la sociedad más bien de arriba a abajo; los otros, a la inversa. Unos buscan seguridad, felicidad y llenar la vida antes, supeditando a los pequeños círculos, comenzando por el individuo, bajo la comunidad organizada consciente y rígidamente, que, considerada desde este punto de vista, aparece como algo mucho más simpático cuanto mayor es, mientras los otros la buscan en la vida y en la responsabilidad propias de los pequeños círculos. He aquí un antagonismo muy parecido al que existe entre una forma de pensar que tiene una curiosa predilección por todo lo inventado, lo fabricado, lo organizado y lo construido artificialmente, por el tablero de dibujo, la fotocopia y la regla, y otra que da la preferencia a lo que se ha dado y ha crecido naturalmente, ha sido legitimado por el tiempo, es espontáneo, se regula y continúa por sí mismo, y abarca los largos espacios de tiempo. Con éste se relaciona el antagonismo existente entre aquellos que —por creer en la posibilidad de reconstruir la sociedad y la economía desde arriba y sin la menor consideración hacia el fino entretrejimiento de lo creado, así como en la posibilidad de un radical volver a empezar— son reformadores radicales, impregnados de un optimismo que parece imposible de destruir por fracaso alguno, y los otros que, escudándose en el sentido histórico y convencidos de la sensibilidad del tejido social contra cualquier ataque, están invadidos por una profunda desconfianza contra cualquier optimista espíritu de reforma y no creen en cruzadas por ningún “nuevo Jerusalén”. Mantienen el principio de Burke, el cual dice que el verdadero hombre de Estado ha de unir la capacidad de reforma al deseo de la cuidadosa conservación.

Antes de proseguir con la catalogación de los dos tipos de pensamiento social, hemos de confesar que, si bien sentimos la necesidad de encuadrarlos adecuadamente, nos hallamos en auténtico atolladero. Después de haber intentado hacer la distinción, como orientación transitoria, mediante

los conceptos de “progresismo” y “conservadurismo” hubimos de reconocer inmediatamente que este intento fracasaba, sobre todo, porque —al menos en el continente europeo— el nombre de “conservadurismo” se ha convertido en un apelativo casi imposible de emplear. En el mejor de los casos había que aceptar muchos matices y estar expuestos, a pesar de todo, a desagradables confusiones. La cosa no mejora mucho empleando los vocablos “individualismo” y “colectivismo”, que desembocan en ambos lados hacia una cierta exageración. “Liberalismo” y “socialismo” no son tampoco los calificativos adecuados. Se han convertido en vocablos políticos, pero precisamente por eso —por su desgaste, que los hace poco claros, así como por sus muchos matices y asociaciones— no son apropiados para la finalidad que perseguimos, máxime cuando su significado difiere en casi todos los países (2). Lo que precisamos es una terminología que no sólo ha de ser nueva, no agotada ni tarada, sino que destaque al mismo tiempo algunos de los aspectos más importantes del gran antagonismo, si bien no podemos aspirar, desde luego, a reflejar todos ellos. Las consideraciones del presente capítulo creemos habrán hecho comprensible que una buena solución sería denominar a los montescos y capuletos de nuestro drama, centralistas y descentralistas.

De hecho nos hallamos aquí ante dos principios opuestos, que determinan decisivamente todas las esferas de la vida social y política: administración, economía, cultura, forma de vivir, técnica y organización, imprimiéndole un carácter o el otro. Si tomamos ambos conceptos en un sentido suficientemente amplio, agotando completamente su contenido, nos será posible descubrir en ellos aquellos principios que tal vez expresan el más generalizado antagonismo del pensamiento filosófico social. La cuestión de si el ideal lo constituye la centralización o la descentralización, si consideramos como primario al individuo y a los pequeños círculos o a lo colectivo, o sea al Estado, a la nación, a los organismos centrales, hasta llegar al soñado Estado mundial, se convierte en la verdadera divisoria de todas las direcciones y de todos los puntos de partida que hemos contrapuesto anteriormente (3).

Chocan aquí el federalismo y la autoadministración comunal contra el centralismo político. Aquí es donde los amigos del artesano, del labriego, del nivel medio, de la empresa pequeña, de la propiedad privada ampliamente extendida, del acercamiento a la naturaleza y de las dimensiones humanas en todas partes, se separan de los partidarios de la gran empresa, de lo racional en cuanto a la organiza-

ción y a la técnica, de las grandes uniones y asociaciones, de la gran ciudad. Aquí se halla el foso, por encima del cual aquellos que creen que lo mejor es la planificación de la economía a través del mercado, de la competencia y de los precios libres, y consideran la descentralización de las determinaciones económicas en millones de productores y consumidores individuales como imprescindible premisa de la libertad, de la justicia y del bienestar, sostienen su eterno diálogo con aquellos otros que prefieren la planificación desde arriba, que ha de ser ligada, por lo tanto, a los medios de la violencia estatal.

El centralizador es al mismo tiempo el racionalista social, con el cual ya tropezamos anteriormente. El individuo es considerado desde sus centrales como algo muy pequeño, convirtiéndose en una cifra estadística, en una piedra de edificación, en una magnitud sometida a ecuaciones; es convertido en algo que se puede "reconstruir"; dicho en pocas palabras: se convierte en algo que amenaza escaparse del campo visual. Que él, a cambio de esto, juzga el éxito de sus construcciones con gran optimismo, nos es conocido también. El descentralizador, en cambio, al contar con el hombre y conocer y respetar además la historia, es escéptico y hasta pesimista en cuanto se trate de algo que se aparte de la naturaleza humana. De aquí se deriva lo doctrinario del centralista y lo antidoctrinario y antiideológico del descentralista. Este prefiere atenerse a principios acreditados; se guía más por la jerarquía de los valores y de las normas, por la razón y la sabia meditación, que por las pasiones y los sentimientos; se enraíza fuertemente en las inquebrantables convicciones, de las cuales no necesita ya demostración alguna, puesto que considera absurdo no creer en ellas.

Se comprende así que el centralista sea también un moralista, un moralista del tipo justo y retórico, que induce a llevar el abuso de las grandes palabras (libertad, justicia, derechos humanos, etc.), hasta la fraseología; un dechado de virtud, que convierte su moralismo en arma para la lucha política y pretende hacer aparecer a su contrario, más comedido en esto, como moralmente inferior. Puesto que ve las cosas desde muy alto, muy por encima de la realidad del hombre concreto, su moralismo es abstracto e intelectualista. Es el moralismo de aquellas gentes que se creen moralmente mejores que otros por el simple hecho de hacer un uso ilimitado de lo moral y ser muy exigentes, sin preocuparse lo más mínimo de las posibles consecuencias de su consecución. Parecen no poder imaginar que los demás no son peores hombres que ellos por conocer las com-

plicaciones y las dificultades de la ética concreta y práctica, en la que ocurre tan a menudo que, quien quiere el bien, crea el mal.

Este moralismo "de izquierdas" alcanza con mucha frecuencia aquella delimitada etapa en que las palabras amor, libertad y justicia se convierten en tapadera de todo lo contrario, y el moralista, que da normas arrogantes desde lo alto de su caballo, en hombre intolerante que odia y envidia; el pacifista teórico, en imperialista, si se presenta el caso, y el defensor de la abstracta justicia social, en un ambicioso y ávido de poder. Son moralistas cuya postura dista mucho de la del anticentralista, sobre la cual dice Adalbert Stifter, en *Nachsommer*, a través del padre de su héroe, que el hombre no está aquí ante todo por la sociedad humana, sino por su propia voluntad, "y si todos y cada uno están aquí de la mejor manera por su propia voluntad, también lo están por la sociedad humana". El autor conoció a una anciana mujer de servicio que había llegado por sí misma a la sabia reflexión —maravillándose de que otros se rompiesen la cabeza por esto— de qué otra cosa mejor podía hacerse sino que cada persona, en el puesto que le había sido asignado, cumpliera su misión sencilla y honradamente. El ideal moral de los centralistas los lleva de hecho muy a menudo a la ambición de convertir el mundo en un lugar donde, volviendo a una cita de Goethe, "cada uno se convierte en el enfermero del otro" —lo cual establece como condición previa la existencia de una organización coercitiva central.

Cuanto más adelantamos analizando las dos formas de pensar, tanto más numerosas son las coordinaciones mutuas que se nos presentan y tanto más indudable aparece que el antagonismo entre centralismo y anticentralismo es en realidad muy amplio. Que el **monopolio** y la **competencia** presentan el antagonismo en la forma más clara dentro de la esfera económica, es tan evidente para nosotros como que la **economía colectivista** corresponde al ideal de la centralización y la **economía de mercado** al de la descentralización. Aún diremos más: toda intervención económica es una concesión al centralismo hecha alegremente por el centralista, de acuerdo con su ideal, contra la voluntad del anticentralista, que exige una clara justificación de cada concesión y deja la fuerza demostrativa a su defensor, fiel a su principio —señalado por la doctrina católica-social como el principio de la subsidiaridad— de situar siempre el centro de gravedad de la sociedad y de la economía hacia abajo, y que dice también que cada acto que tienda hacia la centralización y la elevación del centro de gravedad preci-

sa una fundamentación sólida, que disculpe este apartamiento del ideal anticentralista.

Tampoco puede haber duda alguna en cuanto a la **igualdad** y a la **desigualdad**. La igualdad y la uniformidad están subordinadas al centralismo; la desigualdad, la variedad, la polifonía y la estructuración, al descentralismo. Esto es evidente, y cualquier palabra más que se dijera sobre el particular estaría de sobra. Sin embargo, se presenta un problema, abordado ya anteriormente (cap. IV, nota 6), cuando nos ocupamos de la forma de igualdad, denominada **igualdad de oportunidad (equality of opportunity)** o "justicia social" (A. Rüstow). Nos advierte que la vida no es una ecuación carente de resto, y de hecho, si no procedemos con cautela, nos hallamos ante el peligro de que el descentralismo se embrolle, originando un contrasentido que puede hacer que desaparezca por sí mismo. Desde luego, el ideal de la descentralización (que precisamente coincide en este punto con una de las menos discutidas metas del liberalismo) exige que los individuos se midan recíprocamente por la competencia, lo cual lleva aparejado la exigencia de comenzar la carrera desde el mismo punto de partida y bajo las mismas condiciones. ¿Se trata, pues, de una carrera de todos por todo? ¿Una constante búsqueda de mejores oportunidades, se produzcan donde se produzcan; una continua comparación con las oportunidades que se dejaron escapar, y un constante caminar hacia aquellos a quienes se considera los mejores? Esto no puede ser lo que se persigue, ya que evidentemente se trata de un ideal muy peligroso y sumamente desagradable para cualquier anticentralista, aspirar al cual haría infelices a todos. Como ya observó agudamente nuestro principal testigo, Tocqueville, los americanos, en cuyo país se ha tenido en cuenta desde tiempo inmemorial esta **equality of opportunity** particularmente carente de trabas, habiendo sido muy celebrada, son convertidos, por la incesante caza de la mejor oportunidad, en nerviosos y siempre insatisfechos nómadas (4).

El símbolo, sumamente impresionante, pero también extraordinariamente espantoso, de tal **carrera de todos por todo**, lo constituye aquella memorable mañana, hace algo más de medio siglo, en la que la región arrebatada a los indios del actual Estado de Oklahoma fue abierta para los alegres colonos que se hallaban dispuestos con sus carros en el límite de dicho territorio y los que, tras el disparo de pistola, salieron disparados para competir por los mejores terrenos, partiendo de las mismas condiciones iniciales. Debería ser evidente para todo el mundo que lo más insensato y peligroso es convertir a la sociedad en esta constante carrera. Incluso aunque así se hubiese de alcanzar una produc-

ción máxima, no merece se pague por ello el precio de una supermovilidad de los hombres, destructora de la cultura, la felicidad y los nervios, una constante peregrinación de aquí allá, de arriba abajo, de lugar en lugar, de profesión en profesión, de una esfera social a otra, de **shirt-sleeves**. Al profundo sentido —conservador, podríamos decir aquí— del anticentralismo corresponde, en cambio, **una cierta división de la sociedad** en compartimientos, el respeto a lo acontecido, un mínimo de variedad y de estructuración de la sociedad en sentido vertical y horizontal, la tradición familiar, la disposición especial para tomar como punto de partida lo heredado, como una condición indispensable para la existencia de una sociedad sana y feliz. Considerado así, no parece en absoluto una insensatez que las comunidades y cantones o Estados de un país queden protegidos por la norma de que cualquiera que llegue no tenga de buenas a primeras los mismos derechos que los nativos.

No es bueno que todos los hijos de los labradores y de los horneros se hagan médicos, sacerdotes o diplomáticos o quieran serlo. Aún sigue siendo cierto que una de las cosas más deseables es que los hombres tengan el sentido bienhechor de seguir en el lugar al que pertenecen, e incluso hoy, en que este sentido se ha perdido tan lamentablemente bajo la influencia del ideal de la competición de todos por todo, es mucho más cierto que nunca. Frédéric Le Play, el ingeniero y sociólogo de mitad del siglo XIX, no fué ningún tonto al descubrir en las **familles-souches**, en las que se heredaba el oficio y la posición social y económica, un asidero nada despreciable de la sociedad (5). Finalmente, merece ser muy destacado que la igualdad de las condiciones iniciales no harán sino aumentar la envidia y el resentimiento a través de la socialización de la enseñanza, puesto que si a todos se les da idénticas posibilidades de prosperar, se les arrebatara a los rezagados la oportunidad de proteger su sensibilidad, echándole la culpa a la "injusticia social", a la "humilde cuna". Sólo ahora queda al descubierto con brutal desnudez la debilidad espiritual o de carácter de la inmensa mayoría de las personas de nivel medio o inferior al medio, como causa de la carrera que se ha perdido, y mal habría de conocerse el alma humana si se pretendiese creer que este quedar al descubierto los hechos no habría de producir el efecto de un enérgico veneno. En verdad, no puede imaginarse mayor atentado contra la felicidad que esta "igualdad de las condiciones iniciales", puesto que en la forma aristocrática, según la cual son distribuidos entre muy pocos los más elevados dones del espíritu y del carácter, sólo se aprovechará de ello una minoría, mientras que la mayoría será mucho más desgraciada.

Para no caer en el error, hemos de recordar siempre que, si queremos permanecer fieles al ideal de descentralización, hemos de salir siempre en defensa de la variedad, de la independencia y de la vida propia. Pero cometeríamos un grave error si pretendiéramos confundir la descentralización con el **particularismo** y la **política de campanario**; en pocas palabras, con una estrechez de miras que pierde de vista el lazo de unión de la totalidad. No es, desde luego, en absoluto esto lo que se persigue. **El anticentralista ha de ser el más convencido universalista**, teniendo siempre puesta la mirada hacia la totalidad, la cual es tanto más auténtica cuanto más estructurada está. Su centro es Dios, y precisamente de aquí que se halle inclinada a canjear centros humanos por Este, o sea exactamente aquello que el consecuente centralismo, esto es, el colectivismo, tiene la intención de regalarle. Así entiende el anticentralista la descripción existente sobre la lápida de San Ignacio de Loyola: "No estar excluido de lo más grande y seguir, sin embargo, dentro de lo más pequeño, he aquí lo excelso", Goethe debió reconocerlo igualmente al decir:

Soy habitante del mundo,

soy de Weimar (6).

Al recto espíritu que hemos de desear para nosotros corresponde unir el amplio horizonte mundial, la sinceridad del mundo en lo espiritual, en lo político y en lo económico, y la negativa a toda estrechez en la consideración y en el trato, a los regionalismos y a los nacionalismos en lo espiritual, en lo político y en lo económico, en el sentido de variedad de independencia en todas las esferas y en todos los terrenos, sobre la base de lo fundamental, que nos es común en todas las esferas y terrenos también.

El anticentralista aventaja al centralista —además en muchas otras cosas— en reconocer que siempre es más sencillo centralizar que descentralizar, como también lo es más ampliar el poder del Estado que reducirlo. También sabe mejor que el centralismo va por un camino por el que, si seguimos, la atmósfera de libertad y humanidad será más irreparable cada vez, hasta que lleguemos hasta la helada cumbre del totalitarismo, del cual apenas si pueden escapar ya los pueblos sin despeñarse. Pero quiere la desgracia que, en cuanto se ha intentado buscar la curación por este camino, sea cada vez más difícil volver atrás. El centralismo ha de contar siempre con el riesgo de no hallar barrera alguna, al menos

en sí mismo. Como de tantas otras cosas, también existe, en relación con la obsesión del centralismo, que no conoce límites, un episodio entre las leyendas de los pueblos, el cual señala, con marcado simbolismo, la dirección en que marchamos y, al mismo tiempo, los secretos deseos de esta marcha. Es la célebre anécdota del emperador romano Calígula, el cual hizo potente, según la tradición, su deseo de que el pueblo romano no tuviese más que un jefe, para poder abatirlo así de un solo golpe. El ardiente deseo de Calígula ha pasado a la posteridad como símbolo de un centralismo tiránico, por no conocer límites, y como símbolo también del fin que amenaza a la progresiva centralización.

Pero la tentación del centralismo ha sido enorme en todas las épocas, tanto en teoría como en la práctica política. Es la tentación de la perfección mecánica y de la uniformidad, a cambio de la libertad, y tal vez tuviese razón Montesquieu cuando dijo que eran espíritus pobres los que sucumbían indefectiblemente a ella. (*Esprit des Lois*, XXIX, 18). Si se expande la pasión de uniformidad y de centralización, y comienzan los centralistas a llevar la voz cantante en todas partes, es sin duda una de las más serias advertencias del peligro que amenaza a la libertad, a la humanidad y a la salud de la sociedad. Esta es precisamente la situación en que nos hallamos actualmente. Como advirtió J. St. Mill hace un siglo: "Si las carreteras, los ferrocarriles, los bancos, las empresas aseguradoras, las grandes sociedades anónimas, las universidades y las entidades de previsión pública se convirtiesen en ramificaciones del Estado; si además las organizaciones y los comités de las comunidades se convirtieran, con sus actuales atribuciones, en departamentos de la administración central; si los empleados de todos estos diferentes organismos y empresas fueran nombrados y pagados por el Gobierno y dependiesen de él para cualquier mejoría de su situación, entonces ni toda la libertad de la prensa ni la naturaleza democrática de la legislación librarían a ningún país de perder la libertad a pesar de que siguiese ostentándola nominalmente. El mal sería tanto mayor cuanto de más capacidad de acción dispusiese y más científicamente meditada se hallase la máquina administrativa". (7).

NOTAS

1. Oigamos a este respecto a uno de estos jacobinos: "Nous prouvons l'esprit de localité départemental ou communal; nous trouvons odieux et contraire à tous les principes que, parmi les municipalités, les unes soient riches et les autres pauvres, que l'une ait des patrimoines immenses, et l'autre seulement des dettes". (*Memoires de Carnot*, I, pág 278, según H. Taine, *La révolution*, III, pág. 107). "Nous ne voulons plus d'intérêts, souvenirs, idiomes et patriotismes locaux. Entre les individus, il ne doit subsister qu'un lien", así explica TAINÉ acertadamente esta ideología jacobinista, "celui qui les attache au corps social; tous les autres, nous le brisons; nous ne souffrons pas d'agrégat particulier; nous défaisons de notre mieux le plus tenace de tous, la famille". No es ninguna casualidad que este mismo Carnot se haya convertido en el creador de los ejércitos de masas, fundamentados en la tarea general de defensa, habiendo creado así una institución que origina, como pocas, centralismo y aglomeración de poder, habiendo conducido hacia el moderno *Minotaurus* (B. DE JOUVENEL, *Du pouvoir, histoire naturelle de sa croissance*, pag. 11 Ginebra, 1954). De una democracia inspirada en el mito jacobinista de la soberanía del pueblo" (y no en la idea liberal del control del gobierno por parte de los gobernados), evoluciona por necesidad hacia el "despotismo democrático" centralizado, debería ser reconocido hoy por todos, pero también debería aprenderse a estar muy despiertos para ver la filosofía social que se oculta detrás, tantas veces como se habla con desconsiderada animadversión del federalismo, de los pequeños Estados o de las pequeñas empresas. Deberíamos acostumbrarnos a ver en esta forma de hablar, que se ha convertido en moda entre los "progresistas", no otra cosa que la rendija que nos descubre un interior, cuyo estilo es de la época napoleónico-jacobinista.

2. **Liberalismo.**—Qué significados tan dispares encierra en sí este vocablo, queda bien patente en lo siguiente: en Suiza se denominan liberales, partidos tan conservadores, como Jacobo Burkhart y Alexandre Vinet pueden ser calificados a la vez de conservadores y liberales. Liberal es la idea suiza del Estado y liberales se denominan aquellos que se defienden actualmente de las tendencias colectivistas. Liberales son en Italia, por una parte, los conservadores antiestatales y, por otra, los progresistas anticlericales, que no querían perder su conexión con la izquierda, costase lo que costase. Liberal es la política económica del Gobierno alemán, pero es sustentada principalmente por un partido que se llama "cristiano-demócrata". Todos estos conceptos pueden ser comparados a un instrumento musical, afinado según una determinada escala de tonos: todos sus tonos, desde los más bajos hasta los más altos, caen dentro del margen de tonos de otro

instrumento, como la viola dentro del violín; sin embargo, cada instrumento nos produce la idea de un cierto tono medio que lo caracteriza. El concepto "liberalismo" también tiene en Europa una amplitud muy considerable, dentro de la cual varía su significado, y lo mismo puede decirse de la forma en que es empleado este concepto en Estados Unidos, con la única diferencia de que en América la escala de tonos nos presenta un matiz inclinado hacia la izquierda. Existen tonos extremos contenidos en ambas variantes del "liberalismo", pero la significación "media" de la americana y la europea difieren tanto, que significan precisamente lo contrario. El americano capta ante todo los tonos que corresponden en Europa a una octava que podemos calificar de "social-democrática". *New Deal*, fomento de los sindicatos, economía planificada, centralismo, inflacionismo, tributación radical de ingresos y bienes; todo esto y cosas análogas se entienden allí por "liberal", si bien corresponde también a este concepto cosas que denominaríamos igualmente en Europa. La confusión se hace mayor aún por el hecho de usurpar este concepto gentes y movimientos que, en realidad, sólo se diferencian de los comunistas en manifestar que no lo son.

3. En reconocer esto nos ha antecedido nadie menos que PROUDHON: "C'est ainsi que le système de centralisation, d'imperialisme, de comunisme, d'absolutisme, tous ces mots sont synonymes, découle de l'idéalisme populaire; c'est ainsi que dans le pacte social, conçu à la manière de Rousseau et des jacobins, le citoyen se démet de sa souveraineté, et que la commune, au-dessus de la commune le département et la province, absorbés dans l'autorité centrale, ne sont plus que des agences sous la direction immédiate du ministère... Le Pouvoir envahit tout, s'empare de tout, s'arroge tout à perpétuité, à toujours, à jamais: Guerre et Marine, Administration, Justice Ponce, Instruction publique, créations et réparations publiques; Banques, Bourses, Crédit, Assurances, Secours, Epargnes, Bienfaisance; Forêts, Canaux, Rivières; Cultes, Finances, Douanes, Commerce, Agriculture, Industrie, Transports. Sur le tout un impôt formidable, qui enlève à la nation le quart de son produit brut" (*Du principe fédératif*, pág. 69, París, 1863). He subrayado la última frase, para llamar la atención del lector respecto a la clarividencia de Proudhon. Naturalmente, el centralista Marx había de odiar por precisión con toda su alma a este anticentralista.

4. "J'ai vu en Amérique les hommes les plus libres et les plus éclairés, places dans la condition la plus heureuse qui soit au monde; il m'a semblé qu'une sorte de nuage couvrait habituellement leur traits; ils m'ont paru graves et presque tristes jusque dans leurs plaisirs... Le goût des jouissances matérielles doit être considéré comme la source première de cette inquiétude secrète qui se révèle dans les journaux des Américains, et de cette inconstance dont ils donnent journellement l'exemple... Si au goût du bien-être vient se joindre un état social dans lequel la loi ni la coutume ne retiennent plus personne à se place, ceci est une grande excitation de plus pour cette inquiétude d'esprit: on verra alors les hommes changer continuellement de route, de peur de manquer le plus court chemin qui doit les conduire au bonheur... Quand toutes les prérogatives de naissance et de fortune sont détruites, que toutes les professions sont ouvertes à tous, et qu'on peut parvenir de soi-même au sommet de chacune d'elles, une carrière immense et aisée semble s'ouvrir devant l'ambition des hommes, et ils se figurent volotiers qu'ils sont appelés à de grandes destinées. Mais c'est la une vue erronée que l'expérience corri-

ge tous les jours... Ils ont détruit les privilèges gênants de quelques-uns de leurs semblables; ils recourent la concurrence de tous... Cette opposition constante qui règne entre les instincts que fait naître l'égalité et les moyens qu'elle fournit pour les satisfaire, tourmente et fatigue les âmes". (A. DE TOCQUEVILLE, obra citada, II, capítulo XIII, pág. 2). Hace más de treinta años descubrí en una región típicamente agrícola de Estados Unidos, en donde de sesenta y nueve colonos sólo había veintitrés que poseían alguna experiencia en agricultura, y que entre los otros se hallaban dos músicos de circo, tres herreros, dos buzos, dos carpinteros, dos matarifes, tres pastores, un maquinista naval, tres taberneros y tres solteras (W RÖPKE, "Das Agrarproblem der Vereinigten Staaten" Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik, 58, pág. 492).

5. Sobre Frédéric Play véase: W RÖPKE, *Civitas humana*, 3ª ed., pág. 210 Erlenbach-Zurich, 1949.

6. Por no poder localizar de momento la poesía, me atengo al texto dado por E. R. CURTIUS, *Kritische Essays zur europäischen Literatur*, 2ª ed., pág. 80, Berna, 1954.

La inscripción de la lápida de San Ignacio de Loyola, en la Iglesia Il Gesù de Roma, es de autor desconocido y dice en latín: "Non coerceri maximo, contineri tamen a minimo, divinum est (según amable comunicación de los doctores Franz Seiler y Erik von Kuehnelt Leddihn). Hölderlin la adoptó (con ligeras variaciones) para su *Hyperion*.

7. J. St. MILL, *On Liberty*, cap. V. En el mismo sentido: GAETANO MOSCA, *Die herrschende Klasse*, pág. 126, Berna, 1950. La cita de Montesquieu y de Mosca da a entender que sería muy sugestiva una historia del centralismo y del anticentralismo; pero dicha historia existe. Un esquema de ella intenté hacerlo yo mismo en mi artículo "Zentralisierung und Dezentralisierung als Leitlinien der Wirtschaftspolitik (Wirtschaftliche Entwicklung und soziale Ordnung, pág. 20, editado por Ernst Lagler y Johannes Messner, Viena, 1952.)



RESPONSABILIDAD PUNIBLE DEL EMPLEADO QUE

"ABOGA" JUDICIALMENE

Alcance y restricciones del art. 179 del Código Penal

Por Luis Carlos Pérez

A propósito de un caso en que se pretendía violado el art. 179 del C. Penal, el doctor Pérez presentó a la Corte Suprema de Justicia el alegato que publicamos a continuación, en el cual se destacan las restricciones de dicho precepto, que, como es bien sabido, describe el caso de abuso de autoridad imputable a los funcionarios públicos que "abogaren" a "aconsejaren" a las partes en asuntos de que conoce la administración de justicia.

Los nombres de los personajes y el tiempo de la acción están cambiados.